



Semana de movilizaciones contra el neoliberalismo educativo en los países mediterráneos de la UE

Una habitación con vistas a Europa

Justo L. Cirugeda (Comisión Técnica STES-i)

d

Desde hace un tiempo, el Círculo de Bellas Artes de Madrid ofrece mensualmente lo que llaman *la notte italiana*, un ciclo en el que se van estrenando las nuevas películas italianas que nunca llegarán a las carteleras españolas –es decir, casi el cien por cien–. En estas jornadas, que se organizan en colaboración con el Instituto Italiano de Cultura, participan directores, actores y actrices que tras la proyección charlan con el público, normalmente agradecidos por la buena acogida que a ellos y la película dispensa la sala. Lo que empezó siendo un acontecimiento inadvertido ha ido yendo discretamente a más hasta el punto de que ahora no es fácil acceder si no se obtiene la entrada con unas horas de anticipación: algunos de los invitados no dan crédito al cerciorarse de que la cola con que se han topado en la calle es para ver su película, sin que haya mediado promoción ni publicidad alguna. Es verdad que habitualmente los filmes son muy interesantes –de casta le viene al galgo–, pero quizá por eso se experimenta, tras la proyección, una sensación peculiar que tiene que ver con el hecho de que aquella obra que sentimos tan vivida no tiene opción de trascender ese mínimo reducto, el resto de la ciudad no sabrá siquiera de su existencia, porque, de hecho, en el mercado, nunca va a existir. Es una vivencia cultural clandestina, que no se puede compartir y no repercutirá en nada ni en nadie ajeno a ese club de adeptos que, aunque ampliado, se mueve en un círculo cerrado.

En estos días en que telediaros y dominicales disfrazan de noticia la propaganda del último estreno planetario –en setecientas salas a la vez, nada más que en España!– ya ni siquiera nuestros cineastas insisten en denunciar los métodos gangsteriles que se gastan las compañías norteamericanas para imponer las condiciones de distribución y exhibición de sus productos –no sólo en cines, tam-

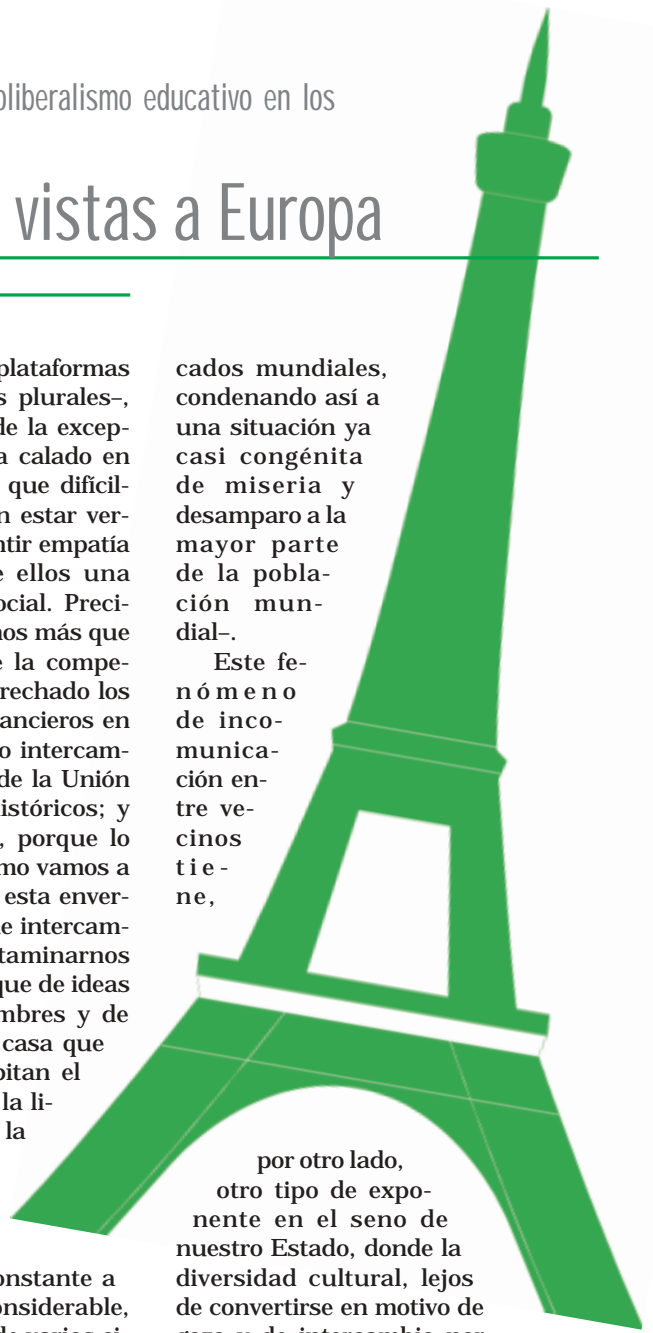
bién en televisiones y en plataformas digitales, cada vez menos plurales–, ni de plantear el debate de la excepción cultural, que sólo ha calado en Francia. Pero lo cierto es que difícilmente los pueblos pueden estar verdaderamente unidos o sentir empatía si no se establece entre ellos una complicidad cultural y social. Precisamente ahora que viajamos más que nunca y que, en aras de la competitividad, tanto se han estrechado los vínculos económicos y financieros en el continente, la relación o intercambio cultural entre países de la Unión se sitúa bajo mínimos históricos; y así nos va políticamente, porque lo uno va unido a lo otro: cómo vamos a compartir un proyecto de esta envergadura si no nos es posible intercambiar nuestras ideas, contaminarnos con nuestros sueños, porque de ideas y de sueños, de pesadumbres y de anhelos se conforma esa casa que está en el aire y que habitan el cine, el teatro, la música, la literatura, la arquitectura, la filosofía.

Decimos que hemos crecido junto a alguien cuando su compañía ha sido una constante a lo largo de un tiempo considerable, compuesto por lo menos de varios ciclos –por ejemplo, en su momento la generación nacida en los sesenta decíamos a veces, “hemos crecido con Laura Ingalls, de la casa de la pradera”– y eso es justamente lo que no se puede decir ya, desde aquí, en relación a aquellas culturas europeas más cercanas –a no ser que se haya viajado mucho– porque, abruptamente, comenzaron a esfumarse todas aquellas referencias artísticas que, de San Remo a Estocolmo, figuraban en nuestro imaginario. En su lugar, lo anglosajón comenzó a acapararlo todo con tal voracidad que, lejos de procurarse la libre competencia que con tanto ardor defienden los portavoces del sistema, lo que se ha hecho es reducir ésta a su mínima expresión –de la misma forma que con gran cinismo se imposibilita la concurrencia de los productos de determinados países en los mer-

cados mundiales, condenando así a una situación ya casi congénita de miseria y desamparo a la mayor parte de la población mundial–.

Este fenómeno de incomunicación entre vecinos tiene,

por otro lado, otro tipo de exponente en el seno de nuestro Estado, donde la diversidad cultural, lejos de convertirse en motivo de gozo y de intercambio normalizado, es todavía fuente de continuos recelos. Así, de igual manera que el festival de Cannes consagra a un único interlocutor en aquellos países con escasa o poco conocida producción cinematográfica, para que se cree el espejismo de que se establece un intercambio –Oliveira en Portugal, Angelopoulos en Grecia– la cultura oficial hace aquí lo propio con figuras-tótem, normalmente literarias, en las que recae en soledad el peso de representar culturalmente a su país o territorio, con toda la responsabilidad que ello lleva consigo y el peligro de que, si se difiere con ellas, se pueda interpretar como ofensa a un entero paisanaje. La descentralización política y cultural no llega como queremos que llegue, sino en forma de continuas afrentas y monedas de cambio que abaratan los discursos.



una habitación con vistas...

No hace buen tiempo

En el reciente Foro Social Europeo de Londres, un sindicato italiano, COBAS, propuso la celebración de una Semana Europea contra el neoliberalismo o las privatizaciones en la educación, idea que fue recogida y trabajada con más detalle por varios sindicatos en una reunión específica que tuvo lugar en Atenas el pasado febrero y desarrollada finalmente en el mes de mayo. Una curiosa, por no planificada, especie de selección natural ha querido que esta ilusionante iniciativa se haya llevado a cabo únicamente en los países de lo que podríamos denominar área mediterránea: Francia, Portugal, Italia, Grecia y España –eso sí, con apoyo específico de organizaciones y personas de otros países, como Alemania y Reino Unido–.

Esto, que en un principio puede parecer tan obvio y tan sencillo, en el contexto cultural y social del que estamos hablando se convierte en un acontecimiento extraordinario, a pesar de lo modestos que puedan haber parecido los resultados. Es como si por primera vez, en un bloque de viviendas, los vecinos se hubieran asomado juntos a la azotea, para comprobar el tiempo que hace, y comentarlo: “Pues resulta que tenemos los mismos problemas, cómo no nos habíamos dado cuenta antes, claro, si vivimos en el mismo edificio, compartimos cimientos y paredes y bajamos la basura juntos, cómo nos va a extrañar que las leyes educativas que soportamos respondan todas al mismo patrón, que nuestras instituciones, aquellas que dicen representarnos, tiendan, de un tiempo a esta parte, a entregar sin recato nuestra enseñanza y por ende nuestro futuro al mercado; si lo que más nos puede unir como vecinos europeos es una concepción de la sociedad y la democracia que no es la del neoliberalismo rampante y devastador, ser europeo es no ser neoliberal, tantos siglos de historia y de civilizaciones, entre ellas la que inventó la democracia, para llegar a este atraso vergonzante, a la ley de la selva, tenemos que llamar a las cosas por su nombre y ver qué podemos hacer, por-

que nuestro problema, el nubarrón negro que cada uno desde nuestra ventana vemos que se avecina, es el mismo”.

Hay que agradecer a los foros sociales, entre otras cosas, la oportunidad de que podamos desde abajo empezar a edificar la Europa de la que estamos tan faltos, la que no se cotiza en las bolsas, y que tan poco parecen ansiar los sindicatos del *establishment* que, si se apuntan a todos los bombardeos, es sólo para intentar desactivarlos desde dentro. Pero en este caso el éxito ha sido claro, y un paso más en países como Italia, Grecia y Francia, agitados ahora por una vitalista ola de contestación a sus respectivos gobiernos, y que acumulan ya muchas jornadas de huelga y manifestación contra las nefastas reformas Moratti, Arsenis y Fillon respectivamente –división de alumnos por calificaciones, precarización aguda de las condiciones laborales del profesorado, trasvases más que generosos de recursos a la privada, devaluación de titulaciones universitarias sin másteres posteriores, toscas adaptaciones de los planes de estudios a

las necesidades de las empresas,...–.

En Portugal las jornadas tuvieron un carácter más simbólico, debido fundamentalmente a lo reciente del cambio de gobierno, y en nuestro caso, a pesar de la indiferencia que está suscitando la insulsa y descorazonadora LOE, se consiguió una importante repercusión con distintos actos reivindicativos en el País Valenciano, Asturias y Navarra fundamentalmente. En Madrid hubo una presentación con vocación estatal para los medios, con colegas de nuestra Confederación, CGT y el Sindicato de Estudiantes, en la que tuvimos el placer de contar con la presencia de Richard Hatcher, sindicalista de la National Union Teachers (NUT), central mayoritaria de la enseñanza en Inglaterra, y catedrático de la Universidad Central de Birmingham, pero sobre todo pionero en la alerta y denuncia de los peligros del neoliberalismo aplicado a la educación, que tan bien conoce, ya que su país viene siendo desde hace dos décadas el indiscutible precursor en Europa a la hora de ensayar las nuevas recetas que están convirtiendo

el otrora reseñable sistema de enseñanza inglés –no británico, ya que las situaciones son diferentes– en un auténtico hipermercado.

Pero, una vez conseguido lo más difícil, que era la convocatoria en sí, quizás el principal logro de esta Semana que esperamos tenga continuidad en el futuro sea el habernos puesto de acuerdo para llamar a las cosas, sin tapujos, por su nombre. “La educación no está en venta”; “Somos ciudadanos, no consumidores”; “La educación es un derecho, no una mercancía”,... son eslóganes que no dejan lugar a dudas sobre la realidad a que se está aludiendo: las campañas genéricas por la escuela pública y la educación para todos dejan últimamente bastante que desear en el sentido de que se suele dejar alguna gatera por imposición de las organizaciones que quieren controlar siempre todo, y resulta que donde dices apoyo a la escuela pública a lo mejor estás diciendo apoyo a la escuela financiada con fondos públicos, o cuando dices enseñan-



una habitación con vistas...



za laica, si lees la letra pequeña se defiende el derecho a la religión en las aulas. La perversión del lenguaje largamente ensayada prosigue sus avances.

Contra Euroesceptilandia

Una cosa es la Europa *libera*, y otra la Europa *liberale*; una la ciudadanía que reclama la Europa social sin fronteras, diversa, solidaria y comprometida y otra las hordas euroescépticas que, mirando sólo su bolsillo, nos llevan dando la vara desde tiempos inmemoriales y que componen el séquito de los funda-

mentalistas que nos gobiernan desde el otro lado del Atlántico, con la inestimable ayuda espiritual de los aliados vaticanos.

Hablemos entre nosotros –en nuestras lenguas románicas, hermosas todas ellas, quienes las tenemos como idioma materno: sería fácil entendernos si nuestros gobiernos promocionaran la disciplina específica de intercomprensión que ya se imparte, en lugar del empeño en que aprendamos inglés casi desde la cuna–, conozcámonos no por las fluctuaciones del euro, sino por el pulso que late en nuestras ciudades, que

son esperanza de porvenir desde que cientos de miles de personas procedentes de otros países y continentes han llegado con lo único y mejor que tienen, ellas y ellos mismos. Trabajemos juntos desde los movimientos sociales y reclamemos el derecho a que las ventanas de nuestras habitaciones tengan vistas a la Europa ilustrada y humanista que vislumbró en su corazón el maestro Stefan Zweig antes de suicidarse en Brasil, horrorizado por la devastación de la Europa dividida y encarnizada contra sí misma en las sucesivas guerras del pasado siglo. ☺

